



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA UNIÓN DE SUPERIORAS MAYORES DE ITALIA

Sábado 11 de octubre de 1981

Queridísimas hermanas en el Señor:

1. Al terminar vuestra asamblea anual habéis deseado esta audiencia reservada enteramente a vosotras, madres generales y provinciales de las numerosas congregaciones y casas religiosas esparcidas por todas las regiones de Italia.

Os saludo con todo el corazón, y por vuestro medio deseo extender mi afectuoso saludo a todas vuestras hermanas de Italia que, en frenéticas metrópolis o en aldeas perdidas por las montañas, están viviendo con amor y alegría su consagración a Cristo y a las almas. Sí, queridísimas hermanas, transmitid a todas las religiosas confiadas a vuestra responsabilidad el saludo del Papa; decidles que las recuerda, las sigue, las estima y ora por ellas, sufre con ellas, se preocupa de las circunstancias humanas y espirituales de su vida, y desearía verlas siempre alegres y generosas aun en medio de las tribulaciones, que no pueden faltarles.

Deseo manifestar después mi complacencia por vuestra asamblea general en la que habéis querido participar en tan gran número, para ahondar en el tema "Vida religiosa y familia", haciéndoos eco del tema tratado en el Sínodo de los Obispos, que se está celebrando; y para departir entre vosotras intercambiándoos vuestras experiencias.

2. Se trata de un tema importante porque son frecuentes las relaciones entre las religiosas y las comunidades familiares. En efecto, las religiosas están en contacto continuo con los niños en las guarderías y conocen el ambiente, de cada casa; tratan con muchachos y muchachas en los centros de enseñanza, oratorios, asociaciones católicas y grupos eclesiales varios; y participan en los consejos pastorales y de la catequesis parroquial y diocesana. Sobre todo las religiosas están presentes en los orfanatos, hospitales, residencias de ancianos, clínicas, centros de atención y

cuidado de minusválidos, en las visitas a los enfermos en su domicilio y también en los puestos de socorro de desvalidos, marginados de la sociedad y drogadictos.

Puede decirse que la religiosa acompaña en cierto modo a las familias en su camino existencial y, por ello, es grande su responsabilidad; pero al mismo tiempo, grande debe ser su consuelo al poder aportar así su contribución concreta de fe y caridad a quien es la obra maestra de Dios creador y redentor.

3. Hoy más que nunca muchas personas, angustiadas por el problema de la existencia y de su identidad, sienten ansia de superar los límites de la historia y del tiempo, y buscan afanosamente la verdad. Por ello, la primera tarea y el primer deber de la religiosa en las relaciones con la familia consiste en dar *testimonio de la verdad*, o sea, ayudar a la familia moderna a volver a encontrar el sentido verdadero de la vida y de la historia.

Queridas religiosas: Llevad a las familias la verdad tal y como ha sido revelada por Cristo y como la enseña la Iglesia. No os dejéis alterar por el fragor de tantas ideologías insistentes que confunden y deprimen. Sembrad siempre el buen grano de la verdad siguiendo las enseñanzas de la Iglesia y el ejemplo de los Santos.

De aquí la necesidad de una puesta al día seria y auténtica, por parte de la religiosa, en los distintos campos doctrinales, superando los peligros de la superficialidad y la emotividad. Es necesario, por tanto, vigilar atentamente los varios medios de renovación y orientación (libros, periódicos, revistas, cursos de estudio, etc.), a fin de no dejarse desconcertar por ideas falsas ni tampoco encaminar por senderos errados a las personas con quienes se trata. Cada familia desea la verdad de parte de quien está consagrada a Dios; sed, pues, fieles y felices de poder anunciarla y testimoniarla.

4. Después, *¡llevad la paz a las familias!* El espíritu debe estar firme y seguro en la verdad, pero el corazón debe rebosar comprensión y compasión. La familia necesita sobre todo ayuda espiritual y aliento, gran apoyo y afecto. Nunca como ahora la familia necesita sentir cercano y consolador al Maestro Divino que quiere otorgarle su perdón y la certeza, la esperanza, el amor. Claro está que se debe combatir el mal y se ha de condenar el error; pero cada persona debe ser comprendida y amada; en toda herida se debe derramar el óleo de la bondad y la misericordia, como hizo el buen samaritano de la parábola.

Pero para dar la paz, se necesita poseerla. Por esto es preciso que vuestras casas sean oasis de serenidad, obtenida con la práctica de la paciencia y la caridad mutua.

Llevad la paz a las familias con vuestra fe y vuestro amor. Llevadla especialmente a donde se gime de dolor, a donde reina la soledad, a donde grava la división, a donde falta la esperanza ultraterrena. Llevad la paz presentando a Cristo crucificado y a la patria verdadera que se halla en

los cielos (cf. *Flp* 4, 20).

5. Queridísimas: Sor Isabel de la Santísima Trinidad escribía: "Vivamos con Dios como con un amigo, avivemos la fe para comunicar con Dios a través de todo lo que nos hace santos. Llevamos en nosotros nuestro cielo, pues el que sacia a los glorificados en la luz de la visión, se da a nosotros en la fe y en el misterio. Es lo mismo. Me parece haber encontrado mi cielo en la tierra, porque el cielo es Dios y Dios está en mi alma. El día que entendí esto, se iluminó todo en mí; y quisiera sugerir este secreto a cuantos amo, a fin de que también ellos se unan á Dios a través de todas las cosas y se haga realidad la oración de Cristo: Padre, que sean uno" (Escritos de la Sierva de Dios sor Isabel de la Santísima Trinidad. Postulación general de los carmelitas descalzos, Roma, 1967).

Vivid vosotras también este secreto y anunciadlo a las familias con la ayuda y protección de María Santísima y de San José; es un secreto que ilumina, conforta y salva.

Con estos deseos, y pidiendo al Señor abundancia de favores celestiales, os imparto de corazón la propiciadora bendición apostólica, que extiendo con gusto a todas vuestras hermanas.